

riquez Ureña? ¿No lo sintió durante los meses de su cometido cerca del invasor? ¿No lo adivinó en cada una de las frases, en cada uno de los hechos del ocupante? La ocupación anula el respeto tradicional por el hombre, que siempre ha parecido distintivo de la raza anglo-sajona. Para la ocupación el hombre necesariamente debe ser rubio, blanco, vestir ropa de serie adquirida en Nueva York, fumar tabaco amarillo, calzar gafas con marco de carey, mascar *gum*. . . . Lo demás no es hombre. Lo demás es carne de ocupación, precisamente.

No, de los Estados Unidos no se puede esperar la liberación. Para impedirlo han establecido los diplomáticos de Wall Street la doctrina de Monroe, y los mesticitos del Sur la han aceptado y la discuten candorosamente, entre banquete y banquete, en las Conferencias Pan Americanas. Mediante esa doctrina Europa no puede intervenir en nada importante que se refiera a América. Es decir, la doctrina Monroe es el seguro que resguarda el porvenir, por lo demás muy exento de riesgos, de la hegemonía yanqui. Si en América hubiese estadistas, su primer cuidado debería ser entablar relaciones con Europa, y sólo con Europa, aún cuando para ello fuese necesario hacer sacrificios. Los Estados Unidos piensan en futuras colonias cuando miran hacia América. Europa está muy arruinada y muy pobre para pensar en colonizar. Como cuña entre los Estados Unidos y Europa, el continente hispano-americano tiene una misión providencial. Pero nadie la ve. Y es que el oro de Wall Street, entre otras cosas, ciega.

Interesante, copioso libro el del se-

ñor Henríquez Ureña. Lástima es que no revele en su autor una clara conciencia del problema actual. Cuenta con animación los hechos de la ocupación, fundamenta bien las acusaciones, levanta una montaña de cargos contra el contundente imperialismo yanqui. Pero nada más. Esperar de los Estados Unidos la desocupación por persuasión me parece más que candoroso: creo que es suicida.—*R. Silva Castro.*

VIAJES

ENTRE BUDISTAS Y BRAHMANES. por
Alejandro Vicuña.

He aquí un libro (1) que se aparta de los clisés corrientes. El lector que esté ya hastiado de la fácil literatura de viajes hará mal si no vence su repugnancia, bien legítima, y no atiende a la incitación de este volumen. Puede parecer un poco extenso (sus páginas se acercan a las cuatrocientas) pero siempre es interesante. Sobre todo no es vulgar. El autor ha partido con el propósito de comprobar *de visu* la leyenda asiática, que levanta un prodigio en cada poblacho y hace un vidente de todo quidam. La decepción es grande:

Nosotros podemos decir—escribe el autor—, como resumen de nuestra excursión por los pueblos asiáticos, que después de visitar el Oriente hemos regresado más occidentales y cristianos que nunca (pág. 10).

(1) *Entre Budistas y Brahmanes.* Santiago. 1929.

La excursión hecha por el señor Vicuña, aún cuando no ha sido más que un viaje de turismo, es decir, de impresiones rápidas y superficiales, es más extensa que los viajes corrientes de los turistas de todos los días. En la India, por ejemplo, el autor fué visitando con relativa calma todas las ciudades importantes del vastísimo país. Después de una visita mucho más somera a Indochina, el autor nos hace conocer por su relato la vida japonesa en una forma descarnada y tal vez cruel. La fealdad de la raza, la pobreza de sentido estético, el hibridismo de la adaptación de modas extranjeras: he ahí los puntos en que el autor insiste con delectación. Es cierto que respecto de la India no se muestra más compasivo, pero seguramente se hace notar más su crueldad en lo que toca al Japón. En el Occidente, en efecto, estamos acostumbrados a considerar al Japón como un país de recursos extraordinarios, de vitalidad estupenda, de gran genio técnico. La verdad es que no hay un cuerpo que corresponda exactamente a la leyenda. Por lo menos, así lo dice el señor Vicuña.

Si de este libro fuera legítimo desprender conclusiones que el autor parece de intento no haber siquiera insinuado, ellas serían las siguientes: 1.ª La India y el Japón son pueblos tristes en que la esclavitud social, política y económica de la inmensa mayoría es un hecho no sólo duro y cruel sino angustioso. 2.ª La colonización inglesa en la India, por muchos defectos que tenga, es benéfica y lo será más cada día, por múltiples motivos que en el libro, en varios parajes, se detallan. 3.ª La cristianización del

Oriente, especialmente de la India y del Japón, es un total fracaso.

Este último hecho lo comprueba el autor en muchas formas. En su viaje a Calcutta encuentra a un sacerdote católico de raza italiana, que le hace la siguiente confesión:

Partir a misiones en países infieles había sido el sueño de mi vida, y finalmente llegaba la hora de realizarlo. Desde entonces, continuó, me encuentro en la India, en un pueblo no lejos de aquí, y durante quince años no he logrado conquistar un alma para Jesucristo (pág. 166).

Más adelante, en la capital del Japón, el señor Vicuña visita la Universidad católica, fundada por los jesuitas en 1911. Pero lo mejor es ceder la palabra al autor, que es un testigo irrecusable:

La obra no ha prosperado. A partir de su fundación, varios inconvenientes han impedido el funcionamiento regular de los cursos. . . . Hasta la fecha, han funcionado facultades de Comercio y Filosofía, en las que la mayor matrícula ha subido a un total de doscientos alumnos (pág. 372).

La obra en general de las misiones merece al señor Vicuña el siguiente juicio:

Más que heraldos de una religión, son ordinariamente los misioneros vanguardias de la nación a que pertenecen. Sobre todo en estos últimos años, la megalomanía del señor Mussolini ha introducido en el campo de las misiones católicas nuevos gérmenes de discordia, tratando en todo momento de convertir a los misioneros italianos en pregoneros de la grandeza italianas, y fascistas, por añadidura ingrata (pág. 373).

Se cierra este libro con impresión serena. El Occidente no tiene nada que aprender en el Oriente turbio y misterioso. Las razas orientales, a pesar de su número fabuloso y de su crecimiento fantástico (los japoneses tienen un excedente anual de un mi-

llón doscientos mil nacimientos sobre las defunciones), están destinadas a extinguirse. El hombre blanco está mejor dotado para la vida compleja de la civilización que ha creado él mismo y que sólo él puede perfeccionar.—*R. Silva Castro.*